

rialistas salvación solamente en la fuga, entre ellos el mismo Miramón que logró escapar con dificultad por entre las fuerzas republicanas, acompañado de unos cuantos dragones, en dirección al lugar en que consideraba encontrar al general Castillo. Dejó en poder de los republicanos armas, municiones y trenes, sin salvar ni los equipajes; ochocientos prisioneros y más de cien muertos; de los primeros eran mexicanos seiscientos que fueron refundidos en las tropas republicanas, los demás eran austriacos y franceses presentados para servir voluntariamente á Maximiliano, siendo los segundos residuos del ejército intervencionista, que permanecían en México para sostener al Imperio á pesar de las sugerencias y aun de los preceptos del Mariscal Bazaine.

Estos prisioneros, conducidos con fuerte escolta tras el ejército victorioso, fueron considerados sin los derechos de mexicanos ni de extranjeros, pues en aquellos momentos estaban insubsistentes los tratados, y carecían además del consentimiento de sus respectivos gobiernos para servir á Maximiliano. En tales circunstancias, se les calificó de filibusteros ó piratas fuera de la ley de las naciones y ordenó el general Escobedo que fueran fusilados, considerando este hecho de indispensable justicia y de conveniencia pública y fué ejecutada la orden de una manera cruel. (1)

El cuerpo de republicanos llamado "Cazadores de Galeana," armado con carabinas americanas de diez y seis tiros, hizo sobre los imperialistas nutrido y mortífero fuego.

Al saber el general Miramón el fusilamiento de su hermano, lanzó una enérgica proclama con estas palabras amenazadoras: "¡ay de los vencidos!" (2)

Fué la derrota de San Jacinto, tercera y última batalla campal perdida por Miramón, fecunda en desgracias para los imperialistas; allí acabaron los gendarmes imperiales de la sección de Guadalajara, grupo compuesto de más de trescientos hombres de á pié y á caballo, franceses y mexicanos, organizada primiti-

(1) Los fundamentos que tuvo el general Escobedo para que fuesen fusilados los prisioneros, se apoyaban en que al tomar á Zacatecas habían dado los extranjeros ejemplos de inaudita ferocidad, cometiendo multitud de crímenes, revelando que no buscaban más que su fortuna personal, y devastando el país á la sombra de una bandera inicua. Daba además, por razón para aquella hecatombe, el no poder verificar rápidamente y sin estorbo los movimientos militares, al llevar consigo el peligro de que los prisioneros causaran trastornos en el encuentro que se esperaba con Castillo, en cuyo combate la fuerza que los custodiaba debía utilizarse en la batalla. Estas razones aparecen de poco peso, pues se pudo haber enviado á Zacatecas ó San Luis, con poca fuerza, á los prisioneros. El general Escobedo consideró que su conducta iba arreglada á los usos de la guerra en los países más civilizados y á las exigencias de la justicia y del sentimiento nacional. Sin embargo, en el extranjero y aun por muchos mexicanos, fué calificado tal acto de *extrema severidad*. Algunos prisioneros europeos, apresados después de que pasó el temor de que Castillo atacara, fueron remitidos á Zacatecas y San Luis Potosí, y más tarde pudieron salir de la República.

(2) Hecho prisionero el coronel D. Joaquín Miramón, y después de conducirlo por alguna distancia con rumbo á Aguascalientes, se dió orden durante la noche para fusilarlo. Transportáronle sentado en una silla al lugar del suplicio, por hallarse imposibilitado para caminar y le hicieron disparos á quemarropa quedándole el cráneo hecho pedazos y atravesado el cuerpo por treinta balas. Ciento cincuenta franceses prisioneros en esa jornada, gozaron por varios días de libertad condicional; pero de pronto se les reparte aguardiente y son conducidos á un patio interior de la hacienda de San Jacinto, se les informa que van á morir y fueron fusilados de diez en diez presentando los que iban quedando, aquella sangrienta y aterrorizadora escena.

vamente por el capitán Berthelin que dejó fatales recuerdos en Jalisco y que fué muerto en un combate entre Guadalajara y Colima. Esa gendarmería, días antes de la derrota de San Jacinto, contribuyó á la toma de Zacatecas y al dejarla ocupó la vanguardia en el sangriento combate que siguió á la retirada.

Los gendarmes que no murieron en el combate, cayeron prisioneros y pocos días después se les notificó que iban á ser fusilados por orden del Presidente de la República; estupefactos y presa de la angustia atroz que precede á una muerte afrentosa, ofrecieron algunos servir en las filas republicanas, con la misma decisión que servían en las del Imperio; otros queriendo morir con recuerdos de la Patria cantaban la *Marsellesa*; se les pasó lista y en pequeños pelotones fueron conducidos al lugar de la ejecución, se aplicaba dos cañones de rifles sobre el cráneo de cada sentenciado y se disparaba; empleáronse en la ejecución dos horas. La emoción que causó aquella hecatombe se comunicó á muchos oficiales y soldados de la división del Norte, y aparecieron señales de llanto en muchas mejillas ennegrecidas por el humo del combate. La noche llegó y cubrió con su manto aquel pavoroso cuadro, quedando más de cien cadáveres casi desnudos, horrorosamente mutilados, de aquellos que fueron calificados filibusteros y mercenarios pertenecientes á cuerpos irregulares y que no podían gozar de los derechos de beligerantes. (1)

Desde la villa de San Felipe, en marcha para San Luis Potosí, las fuerzas del general D. Severo del Castillo habíanse visto seguidas por considerable número de caballerías republicanas, siéndoles forzoso á los imperialistas caminar con grandes precauciones hasta que, unido á ellas el general Miramón, en seguida de la derrota de San Jacinto, emprendieron la retirada para Querétaro, siempre hostilizándolos la caballería enemiga.

En las inmediaciones de la hacienda de la Quemada fueron atacados los

Ya herido gravemente en un pie el coronel Don Joaquín Miramón, insistió en quedarse en línea y sostener con sus tiradores la retirada; pero su hermano, el general en jefe, le ordenó formalmente que se retirase y el herido montó en una calesa. Pocas horas después caía en poder de los republicanos que lo condujeron á la hacienda de Tepetates. Al saber que el general Miramón había logrado unirse á las tropas que mandaba el general Castillo, en camino para San Luis, y que acababa de tomar la revancha en la hacienda de la Quemada, divulgóse el rumor de que allí había ordenado el general Miramón varios fusilamientos, y entonces no cupo ya ni la menor esperanza de que se salvara de las represalias el jefe prisionero D. Joaquín Miramón. Diéronle algunas horas de la noche para que se prepara á morir; quiso salvarse declarando que tenía mutilada una pierna, y que ni al lugar del suplicio podía llegar; pero todo fué en vano y no se le permitió comunicarse ni con algunos oficiales de la división del Norte. Conociendo que era inevitable su muerte, se resolvió á afrontarla con valor, hizo sus disposiciones, escribió á su esposa y á su hermano Miguel. Cuando antes de amanecer se presentaron á buscarle, se manifestó sereno; pidió se le permitiera apoyarse en una pared á causa del pie que tenía mutilado, queriendo recibir la muerte sin arrodillarse. Recogido el cadáver por el administrador de la hacienda, fueron ejecutadas fielmente sus disposiciones.

(1) Según lo dispuesto por el general Escobedo, fueron entresacados de los prisioneros de San Jacinto, ciento cuatro europeos, de los que noventa y siete eran franceses, y fusilados en grupos de diez en diez, después de haberles hecho saber que, conforme á la circular de Bazaine, eran solamente filibusteros, pues se había declarado que perdían la calidad de franceses todos los que siguieran en el ejército imperial. Pertenecían los fusilados al batallón de cazadores de Zacatecas y á la compañía de gendarmes de Guadalajara mandada por Mr. Laurent, y que estuvieron á las órdenes del comandante Berthelin.

imperiales de una manera vigorosa, el 4 de Febrero; pero rechazadas las huestes republicanas en el reñido combate allí verificado, debieron los imperiales á circunstancias muy casuales la salvación de la brigada imperialista que mandaba el general Castillo. (1)

Casi á la vez rechazaba en Querétaro el general Tomás Mejía, las fuerzas del general Antonio Carbajal que intentó apoderarse de esa plaza, atendiendo á la reducida fuerza que la guarnecía.

En presencia de tal situación, y con motivo de esos acontecimientos, apresuró Maximiliano colocarse al frente de las pocas fuerzas que le quedaban. Para dar ese paso influyeron en gran manera las afirmaciones del ministro Lares y las promesas del general Marquez, de quienes tenía elevado concepto, y le aseguraron que su sola presencia daría brío á las tropas y haría que la campaña fuese una serie de victorias, una marcha triunfal. También fué Maximiliano impelido por uno de los rasgos de delicadeza y fantasía peculiares á su carácter, al pretender un avenimiento con el gobierno de Juárez para hacer viable y llevar á cabo el proyecto de convocar un congreso. Al aconsejarle el general Marquez que tomara la inmediata dirección del ejército, procuraba en primer lugar privar del mando al general Miramón y nulificarlo, quedando así Marquez árbitro de la situación.

Al regresar Miramón á Querétaro, después de la derrota que sufrió en San Jacinto, pidió al gobierno imperial una brigada y las órdenes para que se le incorporara el general Mendez con las tropas de Michoacán; así creía reunir ocho mil hombres para tomar la iniciativa y salvar al Imperio en breve tiempo. En esos momentos el general Márquez manifestaba á Maximiliano que para reparar el desastre acaecido á Miramón, debía ir á ponerse personalmente á la cabeza de las tropas que se concentrarían en Querétaro, cuya opinión era la misma del Emperador, según lo comprobaron los sucesos, no obstante que, alejándose de la capital quedaría expuesto Maximiliano á las eventualidades de la campaña; pero se acercaba al Presidente Juárez con quien insistía en entrar en pláticas para realizar la idea de reunir el congreso.

Todo lo que pasaba era la más clara demostración de que el hermoso sueño de Maximiliano acerca de la fusión de los partidos sería prácticamente imposible. Había malgastado Maximiliano durante tres años sus esfuerzos para atraer-

(1) A causa de la grave enfermedad que sobrevino al gobernador y comandante general de Guanajuato, general León Guzmán, fué entregado el mando de la División al general Herrera y Cairo, quien al saber la derrota de Miramón, supuso desmoralizadas las fuerzas del general Castillo y que podría atacarlas con buen éxito, sin considerar que siendo este jefe, militar resuelto é inteligente, había de esperar á sus contrarios en posiciones ventajosas que tenía conocidas. Herrera y Cairo procuró dar un golpe semejante al que Escobedo acababa de efectuar en San Jacinto, y arrojándose personalmente á combatir á los imperialistas en sus ventajosas posiciones, fué muerto en el combate é hizo posible la retirada de Castillo para Querétaro, donde el general Tomás Mejía no habría podido sostenerse con la corta guarnición que tenía.

El triunfo obtenido por los imperialistas reparó su moral y retardó las operaciones de los republicanos, frente á los cuales se retiraba en orden el general Castillo cuyas fuerzas contribuyeron á la reunión de los doce mil hombres que defendieron con Maximiliano la plaza de Querétaro.

se al partido liberal, colmandolo de elogios y de preeminencias, y confiado las funciones públicas á enemigos suyos que solamente por interés personal habían reconocido al Imperio; en cambio había alejado bajo diversos pretextos á todos los conservadores de grande influencia, entre ellos Almonte, Gutiérrez de Estrada, Márquez y Miramón, siendo ya tarde cuando pensó en reparar su falta y se quiso apoyar en el partido que le había llevado al trono, al ver que la guerra civil aparecía implacable.

Al retirarse de México las tropas expedicionarias francesas, el Imperio se encontraba casi sin ejército; quejábanse todos de la falta de trabajo; los ambiciosos fueron á reunirse á la sombra de las banderas republicanas, esperando medrar y seguros de que nada valía ya el Imperio, desprovisto de fuerza por haber descuidado de formar el ejército nacional, y permitido la retirada de las legiones extranjeras y el licenciamiento de los batallones franco-mexicanos.

Al saber en las Tullerías lo acaecido en las conferencias de Orizaba y México, terminaron las esperanzas que aun se abrigaran respecto á la retirada de Maximiliano con el ejército expedicionario. Napoleón III no encubría ya su política resueltamente hostil á Maximiliano, aunque violara sus compromisos consignados en documentos oficiales. Fué terminante la orden dada al general Castelnau en 13 de Diciembre (1866), para que retirase la legión extranjera y aun á todos los franceses fueran ó no soldados, si tenían voluntad de regresar, disposición inspirada en la política imperiosa del gobierno de los Estados Unidos, que buscaba quitar á Maximiliano su último apoyo, aunque se pasara sobre el artículo 3.º del tratado de Miramar, formalmente respetado en la Convención del 30 de Julio, en la que se decía: "*que la legión extranjera al servicio de Francia, compuesta de ocho mil hombres, permanecerá aun en México seis años, después que las demás fuerzas francesas se hubieran retirado, quedando al servicio y sueldo de México.*"

La disolución de la legión extranjera, francesa, llevaba consigo la de la austro-belga incapaz de sostenerse sin el apoyo de aquella, ni aun provisionalmente. Presentáronse también defecciones de los voluntarios franceses que habían sentado plaza en el ejército imperial mexicano, contando con el apoyo del de su Nación.

Sorprende tanto más lo que pasaba, cuanto que Napoleón había asegurado el 7 de Noviembre al ministro americano Bigelow, que la Francia no retiraría sus tropas antes del tiempo estipulado, aun cuando Maximiliano pretendiera sostenerse por sí mismo, y aunque manifestara deseos de que se violentase la retirada, declaraciones que indicaban que el Imperio de Maximiliano podía contar aun con la protección del ejército francés durante un año. Pero en los momentos en que se hacían esas declaraciones en las Tullerías, manifestaba aquí lo contrario el general Castelnau, en la nota colectiva dirigida al Presidente del Consejo de Ministros, anunciando que había resuelto Napoleón retirar sus tropas en masa, en los primeros meses de 1867, lo que se consideró una intimidación que se vió converti-

da en realidad, siempre creyendo Napoleón que Maximiliano abdicaría y que la Francia desanudaría la situación á su gusto.

Bazaine no estaba al tanto de las verdaderas intenciones del gabinete francés, hasta que, á fines de Noviembre (1866) recibió una carta del marqués de Montholon, poniéndole al corriente de la marcha política seguida en Washington; se le anunciaba la salida de Mr. Campbell y del general Sherman para México y se le rogaba que se impusiera de un despacho en cifras dirigido á M. Danó; le decía que eran buenas las disposiciones del gobierno norteamericano, y que no había que temer sino incidentes de detalles; había sido acogida con júbilo la noticia de la retirada de Maximiliano, como la señal de una solución amistosa y definitiva de las diferencias con la Francia respecto al asunto de México. El despacho para M. Danó decía: "que Campbell y Sherman venían á reconocer á Juárez y que tenían instrucciones para establecer un gobierno republicano y evitar todo conflicto en la retirada de los franceses." En otro despacho fechado dos días después, agregaba que estaban sobre las fronteras fuerzas á las órdenes del general Sherman.

Los plenipotenciarios americanos fracasaron completamente en su misión. El cónsul americano en Veracruz había preguntado á México el 25 de Noviembre, por telégrafo, si la fragata "Susquehannah," anclada en Tampico, podía entrar á Veracruz y si sería bien recibida, pues deseaban el ministro Campbell y el general Sherman hablar con las autoridades francesas; Bazaine contestó: que la fragata americana sería recibida como cualquier otro buque de guerra de una nación amiga, y que los personajes que en ella venían, recibirían en México buena acogida, si deseaban pasar á la capital. Esta respuesta fué llevada á Tampico por el paquete inglés y el 29 de Noviembre la "Susquehannah" con el pabellón de las estrellas enarbolado, aparecía detras de los arrecifes que rodean á Veracruz y se detuvo por el mal tiempo que le impidió la entrada; pero apenas se presentó en la rada, se dirigió hacia el buque, en una lancha, el cónsul americano que llevaba á los representantes Campbell y Sherman graves noticias: Maximiliano había resuelto continuar al frente del gobierno; por eso la ciudad estaba de fiesta, se oía en la rada el ruido de los cohetes y se percibían los edificios iluminados: cediendo Maximiliano á las instancias de los grandes Consejos de Estado, regresaba á México para poner su soberanía en manos del sufragio popular. Los enviados americanos que habían creído ver flotar la bandera republicana sobre la aduana, dieron orden á la fragata de anclar en Isla Verde, para esperar los acontecimientos, y poco después se retiraron.

El general Sherman tenía facultades discrecionales en cuanto á la colocación de las fuerzas de los Estados Unidos en la vecindad de México, y Mr. Campbell especial encargo para transmitir á su gobierno los accidentes importantes que pudieran surgir respecto á la organización del gobierno republicano en México.

Se creyó que á la vez que los Delegados Campbell y Sherman, representan-

tes de la diplomacia, del ejército y la marina, marcharía una escuadra norteamericana al Golfo de México, para hacer una demostración capaz de satisfacer completamente las aspiraciones de aquella República, en cuanto á la revindicación de la Doctrina de Monroe. Encontrando los Delegados una situación distinta de la que suponían, acordaron cruzar por espacio de algún tiempo el Golfo, esperando efectuar oportunamente un desembarco. En Brazos de Santiago conferenciaron con el general Sheridan, y en seguida regresó éste á Nueva-Orleans y los dos comisionados se dirigieron á Matamoros.

Sherman y Campbell desembarcaron en este puerto; allí permaneció el segundo de ellos y Sherman, en unión de los generales Canales y Escobedo, se dirigió á Monterrey, á cuya ciudad habían regresado ya las fuerzas que ocuparon dicho puerto.

La prensa de la República del Norte, inculpó del fracaso de la misión de Sherman y Campbell, al gabinete de Washington que la dispuso. Mr. Sherman culpó de todo al gobierno francés y lo acusó de desleal, inclinándose á la guerra. Los Delegados recibieron orden de retirarse, puesto que Maximiliano no abdicaba, resolviendo esto en Junta de Ministros; pero detuvo todo proyecto hostil, el haber anunciado Napoleón la salida de Brest de buques para trasportar las tropas francesas que estaban en Veracruz.

El ministro Campbell había creído hallar al Presidente Juárez en un punto menos excéntrico que Chihuahua, para prestarle auxilios y contribuir á la represión de los desórdenes locales, cuando fuere requerido para ello y sin intervenir de manera alguna en las diferencias domésticas de los mexicanos, siempre evitando tener relaciones diplomáticas con Maximiliano ó sus agentes. Para aquellos fines podría disponer Sherman de las fuerzas de mar y tierra de los Estados Unidos, de modo que sin operar directamente en la marcha interior de los asuntos de México, contribuyese al fin de restablecer el orden en la República Mexicana, con especialidad en la frontera. Todos estos preparativos fueron hechos en la inteligencia de que, al llegar los Delegados á Veracruz, se habría retirado ya la totalidad, ó al menos la mayor parte de las fuerzas francesas, con las cuales ninguna promesa ligaba al gobierno de los Estados Unidos, que se había propuesto abstenerse en tal sentido, costando su relevo al ministro Bigelow el haberse aventurado un tanto más allá de las instrucciones que le diera su gobierno. El Ministerio francés hizo esfuerzos para que los Estados Unidos se convirtieran en acreedores del gobierno mexicano, respecto á las obligaciones procedentes de los empréstitos, pero tampoco en esto obtuvo éxito alguno favorable.